

El tiempo perdido

Cuando estoy sentado ante el ordenador dispuesto a escribir no este artículo, sino otro, suena en el aparato de música un disco de Franco Battiato. Me paro a oír la canción. “¡Si pienso en cómo he malgastado mi tiempo, que no volverá, no regresará más...!””, dice la letra. Confieso públicamente mi entusiasmo por ese cantautor italiano, un punto metafísico, de letras singulares y no pocas veces absurdas. Cuando hace casi un año dio un recital en el *Gran Teatro* de Córdoba, me dieron unas ganas enormes de ir a oírlo, pero finalmente, por algo que pude haber superado sin esfuerzo, me quedé en mi casa. Luego, unos meses más tarde, era Ismael Serrano el que cantaba en el mismo recinto. Seguramente el disco que más he oído es *La memoria de los peces*, de manera que también me dieron ganas de ir a Córdoba, pero esta vez hice todo lo posible por ir y fui.

Recuerdo que, antes del recital, mi mujer y yo anduvimos por los bulevares y las avenidas del centro de nuestra capital: hacía una preciosa tarde de primavera y la gente se había echado a la calle dispuesta a disfrutar del sol y de la compañía de otros. Recuerdo que el público del recital era mayoritariamente joven y se sabía de memoria todas las canciones del artista, incluida ésa que empieza diciendo “¡qué más quisiera yo que ser libre pensador...!””, que a mí tanto me gusta. Recuerdo que al terminar nos paramos a tomar unas tapas y una cerveza en una terraza, como otra gente que salía del recital. (Todos estábamos imbuidos por la euforia y la noche era perfecta). Y recuerdo que, entonces, me acordé del recital de Franco Battiato, al que no fui, y de cuyo éxito rotundo alguien me había hablado poco antes.

Ahora, Franco Battiato canta en el aparato de música de mi casa. “Los horizontes perdidos no regresan jamás”, dice. Y es cierto. Por supuesto, el recuerdo del recital al que no fui no me abrume, pero me sirve de ejemplo de todas esas cosas que nos gustan, que podemos hacer, que no hacen daño a nadie y que, sin embargo, no hacemos, seguramente por dedicar nuestro tiempo a acumular más de lo que podemos gastar o a estupideces parecidas. Estamos

continuamente preocupados por cosas supuestamente importantes, gastando la vida delante de la televisión, caminando contritos de una obligación a otra; vivimos con agobios de los que podíamos prescindir sin olvidar por ello nuestras responsabilidades, perdidos en la ambición del ascenso profesional, del ascenso social, del ascenso económico, sumidos en la incertidumbre de nuestro mañana, del mañana de nuestros hijos y del mañana de todos los seres que amamos, y no nos damos cuenta de que vivir, lo que se dice vivir, sólo se vive cuando uno sale a coger espárragos, o a tomar el sol, o a ir a un concierto.

Si el tiempo lo vendieran embotellado, ¡cuánto estaríamos dispuestos a pagar por él y cómo lo administraríamos! Pero lo tenemos gratis y lo malgastamos con la creencia de que somos eternos. Por eso, el mayor consuelo del que sabe que le queda poca vida por delante es la conciencia de haber aprovechado el tiempo de que dispuso. En las mismas circunstancias, no aprovecharlo es, seguramente, el mayor desconsuelo.

“Le queda un nuevo entusiasmo por latir al corazón”, dice, con razón, la canción de Franco Battiato. Nosotros, hombres y mujeres de una época de obligaciones inútiles, ¿por qué a partir de ahora no nos imponemos la obligación de disfrutar de la compañía de los seres que amamos?, ¿por qué no nos dedicamos un rato a nosotros mismos?

Juan Bosco Castilla